

deciden. Finalmente, tampoco querría aquellas estúpidas profesiones, cuyos operarios sin industria y casi autómatas, siempre ejercitan sus manos en un mismo trabajo; tejedores, fabricantes de medias, aserradores de piedra; ¿para qué vale emplear en semejantes oficios á hombres que discurren, si son máquinas que mueven á otras?

Bien examinado todo, el oficio que mas deseara yo que agradase á mi alumno, sería el de ebanista, el cual es limpio, útil, se puede ejercitar dentro de casa, mantiene en suficiente movimiento el cuerpo, requiere industria y maña en el artifice; y no están excluidos, en la forma de las obras que determina la utilidad, el gusto y la elegancia. Y si el talento de vuestro alumno tuviese una predileccion particular á las ciencias especulativas, no desaprobaba yo que le dieseis un oficio conforme á sus inclinaciones; que aprendiese, por ejemplo, á fabricar instrumentos de matemáticas, lentes, telescopios, etc.

Quando aprenda Emilio su oficio, quiero yo aprenderle con él, porque estoy convencido de que nunca aprenderá bien lo que no aprendamos juntos. Así nos pondremos ambos en aprendizaje, y no pretendemos que nos traten como caballeros, sino como verdaderos aprendices que no lo son por via de chanza: ¿y por qué no lo hemos de ser de veras? Carpintero era el Czar Pedro en el astillero, y tambor en sus propias tropas. ¿Pensais que este príncipe no era igual vuestro por su mérito y su cuna? Bien veis que esto no se lo digo á Emilio, sino á vos, cualquiera que seais.

Por desgracia no podemos pasar todo nuestro tiempo en el banco del ebanista. No solo somos aprendices del arte, somos tambien aprendices de hombre; y es mas penoso y largo el aprendizaje de este oficio que del otro. ¿Pues qué haremos? ¿Tomaremos un maestro de acepilliar una hora al dia, como se toma un maestro de baile? No, que no seríamos aprendices sino discípulos; y no es tanto nuestra ambicion el aprender el oficio, como elevarnos al estado de ebanista. Así soy de dictámen de que vayamos una ó dos veces á lo menos cada semana á pasar todo el dia en casa del maestro,

que nos levantemos á su hora, que nos pongamos al trabajo antes que él, que comamos á su mesa, que trabajemos bajo sus órdenes; y que despues de haber tenido la honra de cenar con su familia, nos volvamos, si queremos, á dormir á casa en nuestros duros lechos. Así se aprenden muchos oficios á la par, y así se ejercita el trabajo de manos, sin descuidar el otro aprendizaje.

Seamos sencillos quando obremos bien, y no reproduzcamos la vanidad con nuestro afan en hacerle la guerra. Estar ufano por haber vencido las preocupaciones, es sujetarse á ellas. Dicen que por un antiguo estilo de la casa otomana, está obligado el Gran Señor á trabajar con sus manos; y todos saben que obras que salen de mano real no pueden menos de ser obras maestras. Distribuye, pues, con munificencia estas obras maestras á los potentados de la Puerta, y se paga la obra á proporcion de la elevacion del artifice. Lo malo que veo en esto no es la pretendida vejacion, que por el contrario es una cosa buena, porque precisando á los grandes á que partan con él los despojos del pueblo, eso menos le roba directamente el príncipe. Alivio necesario del despotismo es este, y sin él no pudiera subsistir este horroroso gobierno.

El verdadero inconveniente de este estilo consiste en la idea que á este pobre hombre le da de su mérito, que, como el rey Midas, vé que se convierte en oro todo cuanto toca, y no mira las orejas tan largas que á vueltas de eso le salen. Para que se le queden cortas á mi Emilio, preservemos sus manos de tan rico talento, y provenga el valor de la obra y no del artifice. No consentamos nunca que juzguen de las suyas, como no sea comparándolas con las de buenos maestros; valúese su trabajo por el trabajo mismo, y no porque es suyo. Decid de lo que esté bien hecho: *Esto está bien hecho*; pero no añadais: *¿Quién lo hizo?* Si dice él mismo, en ademan ufano y satisfecho: *Pues yo lo he hecho*, respondedle con reposada voz: *Tú á otro nada importa; ello está bien trabajado.*

Guárdate sobre todo, buena madre, de las mentiras que te preparan. Si sabe tu hijo muchas cosas, descon-



fia de todo cuanto sepa: perdido está si tiene la desgracia de ser rico y educarse en París. Mientras esté con artistas hábiles, poseerá todos los talentos de estos; pero en apartándose de ellos, no tendrá ninguno. El rico en París lo sabe todo; solo el pobre es ignorante. Esta capital está llena de aficionados, y mas aun de aficionadas que componen sus obras con ayuda de vecino. Sé de tres honrosas excepciones en hombres, y puede haber mas: pero no sé ninguna en mujeres, y dudo que las haya. Generalmente se cobra fama en las artes como en el foro; y se hace uno artista y juez de los artistas, como doctor en leyes y magistrado.

Si quedara sentado que es excelente cosa saber un oficio, en breve le sabrían vuestros hijos sin aprenderle, y se examinarían de maestros como los consejeros de Zurich. Nada de ese ceremonial para Emilio; nada de apariencias, la realidad siempre. No digan que sabe, y aprenda él en silencio; haga siempre obras maestras, y no se examine nunca de maestro; muéstrele artífice el trabajo, y no el título.

Si hasta aquí me he dado á entender, debe concebirse como con el hábito del ejercicio corporal y del trabajo manual, aficiono poco á poco á mi alumno á la reflexion y á la meditacion, para contrapesar en él la pereza que resultaria de su indiferencia á los juicios de los hombres, y de la calma de sus pasiones. Menester es que trabaje como un rústico y piense como un filósofo, para que no sea tan haragan como un salvaje. Todo el misterio de la educacion se cifra en que siempre los ejercicios del cuerpo y los del ánimo se sirvan de desahogo unos á otros.

Evitemos, sin embargo, el anticipar las instrucciones que piden mas maduro entendimiento. No será Emilio mucho tiempo artesano, sin sentir por sí propio la desigualdad de condiciones, que primero apenas habia columbrado. Conforme á las máximas que yo le he enseñado, me querrá reciprocamente examinar. Como todo lo recibe de mí solo, y se encuentra tan cerca del estado de pobreza, querrá saber por qué estoy yo tan distante de él, y acaso me hará preguntas escabrosas, que me cojan desapercibido. «V. es rico: me lo ha dicho

asi, y lo veo. Tambien el rico debe su trabajo á la sociedad, puesto que es hombre. ¿Pero qué hace V. por ella?» ¿Qué responderia á esto un ayo elocuente? No lo sé. Acaso seria tan tonto que hablase al niño de los afanes que por él se toma. Por lo que á mí hace, el taller me saca del atolladero. «Esa, querido Emilio, es una excelente pregunta; y te prometo, en cuanto á mí toca, responder á ella, cuando por lo que tocare á tí respondas de modo que quedes satisfecho. Entre tanto cuidaré de restituir á los pobres y á tí lo que tengo de sobra, y en hacer cada semana una mesa ó un banco, á fin de no ser totalmente inútil para todo.»

Ya hemos vuelto á nosotros mismos. Nuestro niño, que en breve va á dejar de serlo, ha entrado dentro de sí, y mas que nunca siente la necesidad que le encadena con las cosas. Despues de haber ejercitado primero su cuerpo y sus sentidos, hemos ejercitado su espíritu y su razon: finalmente, hemos reunido el uso de sus miembros con el de sus facultades; hemos hecho un ser activo y pensador; para completar el hombre, solo nos queda hacer un ser amante y sensible, esto es, perfeccionar la razon por el sentimiento. Empero, antes que nos metamos en este nuevo orden de cosas, contemplemos aquel de donde salimos, y veamos, con la mayor puntualidad posible, hasta dónde hemos llegado.

Nuestro alumno al principio solo sensaciones tenia, ahora tiene ideas: solo sentir sabia, y ahora juzga: porque de la comparacion de muchas sensaciones sucesivas ó simultáneas, y del juicio que uno forma de ellas, resulta una especie de sensacion mixta ó compleja, que llamo yo idea. El modo de formar las ideas es lo que caracteriza el entendimiento humano. El que solo forma sus ideas arreglándose á las relaciones reales, es un entendimiento sólido; el que vé las relaciones tales cuales son, un entendimiento justo; el que las valúa mal, un entendimiento torcido; el que se fragua imaginarias relaciones que no tienen realidad ni apariencia, es un loco; el que no compara, un simple. La mayor ó menor aptitud para comparar ideas y hallar relaciones, es lo que constituye en los hombres mas ó menos entendimiento, etc.



Las ideas sencillas no son mas que sensaciones comparadas. Juicios hay en las sensaciones simples, lo mismo que en las sensaciones complejas, que llamo yo ideas simples. En la sensacion, el juicio es meramente pasivo, afirma que se siente lo que se siente. En la percepcion ó idea, el juicio es activo; aproxima, compara, determina relaciones que no determina el sentido. Esta es toda la diferencia, pero es considerable. Nunca nos engaña la naturaleza; siempre somos nosotros los que nos engañamos.

Digo que es imposible que nos engañen nuestros sentidos, porque siempre es cierto que sentimos lo que sentimos; y en eso tenian razon los epicúreos. Las sensaciones hacen que incurramos en errores, solo por el juicio que nos place juntar con ellas cerca de las causas productivas de estas mismas sensaciones, ó cerca de las relaciones que entre sí tienen, ó cerca de la naturaleza de los objetos que nos hacen percibir. En esto sí que se engañaban los epicúreos, afirmando que los juicios que formábamos en conformidad de nuestras sensaciones nunca eran errados. Sentimos nuestras sensaciones, mas no sentimos nuestros juicios, que los producimos.

Veo servir á un niño de ocho años un queso helado; lleva la cuchara á la boca, sin saber lo que es, y embargado del frio grita: *¡ah, esto quemal!* Experimenta una sensacion vivisima, no conoce otra mas viva que el calor del fuego, y cree que esta es la que siente. No obstante, se engaña; el frio que le sobrecoje le causa dolor, pero no le quema; ni son semejantes estas dos sensaciones, puesto que los que han experimentado una y otra no las confunden. Luego no es la sensacion la que engaña, sino el juicio que de ella se forma.

Lo mismo sucede con el que por la vez primera ve un espejo ó una máquina de óptica, ó el que entra en un hondo sótano en lo mas fuerte del invierno ó del verano, ó el que mete en agua tibia la mano muy fria ó muy caliente, ó el que hace rodar entre dos dedos cruzados una bolita, etc. Si se ciñe á decir lo que percibe, lo que siente, siendo meramente pasivo su juicio, imposible es que se engañe; empero cuando juzga de la rea-

lidad por la apariencia, es activo, compara, establece por induccion relaciones que no percibe; entonces se engaña, ó se puede engañar, y necesita de la experiencia para enmendar ó precaver el error.

Enseñad de noche á vuestro alumno nubes que pasen entre él y la luna; creará que la luna es la que anda en sentido contrario, y que las nubes están paradas. Lo creará así por una precipitada induccion, porque ve que por lo comun se mueven los objetos chicos y no los grandes, y porque las nubes le parecen mayores que la luna, cuya distancia no puede valuar. Cuando en un barco que va navegando, contempla desde algo lejos la orilla, incurre en el opuesto error, y cree que ve correr la tierra, porque como no siente que se mueve, considera el barco, la mar ó el rio, y todo su horizonte, como un todo inmóvil, del cual solo una parte le parece la orilla que ve correr.

La primera vez que un niño ve un palo metido hasta la mitad en el agua, ve un palo roto: la sensacion es verdadera, y no dejaria de serlo, aun cuando no supiésemos la causa de esta apariencia. Así, si le preguntais lo que ve, dice que un palo roto, y dice la verdad, porque es ciertísimo que tiene la sensacion de un palo roto. Pero cuando, engañado por su juicio, se adelanta á mas y despues de haber afirmado que ve un palo roto, afirma que lo que ve es efectivamente un palo roto, entonces dice una cosa falsa. ¿Y por qué? Porque en tal caso se hace activo; y ya no juzga por inspeccion, sino por induccion, y afirma lo que no siente, es decir, que el juicio que recibe por un sentido le ha de confirmar otro.

Puesto que todos nuestros errores proceden de nuestros juicios, claro es que si nunca tuviéramos necesidad de juzgar, tampoco la tendríamos de aprender, y nunca nos hallariamos en caso de engañarnos, siendo mas felices con nuestra ignorancia, que podemos serlo con nuestro saber. ¿Quién negará que saben mil cosas verdaderas los sábios, que nunca sabrán los ignorantes? ¿Están por eso aquellos mas cerca de la verdad? Muy al contrario; mas se desvian cuanto mas adelantan, porque como hace todavía mas progresos la vanidad de juzgar que las luces, cada verdad que aprenden se in-



terpola con cien juicios erróneos. Es evidente que las compañías científicas de Europa no son otra cosa que escuelas públicas de mentira; y de seguro mas errores acreditados hay en la Academia de ciencias, que en todo un pueblo de Hurones.

Puesto que cuanto mas saben los hombres mas se engañan, la ignorancia es el único medio de evitar el error. No juzgueis, y nunca os engañareis: lección es esta de la naturaleza no menos que de la razón. Exceptuando las relaciones inmediatas en cortísimo número y muy palpables que las cosas tienen con nosotros, naturalmente tenemos una profundísima indiferencia respecto de todo lo demás. No volvería un salvaje la cabeza por ir á ver el juego de la mas hermosa máquina y todos los portentos de la electricidad. *¿Qué me importa?* es la expresión mas común del ignorante y la que mas conviene al sábio.

Mas por desgracia ya esta expresión nos sienta mal. Todo nos importa desde que de todo pendemos; y con nuestras necesidades se explaya necesariamente nuestra curiosidad. Por eso le doy yo una muy grande al filósofo, y no se la doy al salvaje. Este de nadie necesita; el otro necesita de todo el mundo, y sobre todo de gentes á quienes admire su saber.

Dirán que me salgo de la naturaleza; no lo creo. Esta escoge sus instrumentos, y no los arregla por la opinión, sino por la necesidad. Ahora bien, según la situación de los hombres varían las necesidades. Mucha diferencia hay entre el hombre natural que vive en el estado de naturaleza y el nombre natural que vive en el estado de sociedad. No es Emilio un salvaje que ha de ser relegado en un páramo, que es un salvaje destinado á morar en las ciudades. Menester es que sepa hallar en ellas lo que necesite, sacar utilidad de sus moradores, y vivir, si no como ellos, á lo menos con ellos.

Puesto que en medio de tantas nuevas relaciones de que va á depender será fuerza que juzgue aunque no quiera, enseñémosle á que juzgue con acierto.

El mejor modo de aprender á juzgar con acierto es el que mas conduce á simplificar nuestras experiencias, y aun á poderlas omitir, sin incurrir en errores; de

donde se infiere que despues de haber verificado mucho tiempo las relaciones de un sentido por las de otro, tambien es necesario aprender á verificar las relaciones de cada sentido por él mismo, y sin recurrir á otro: cada sensación se nos convertirá entonces en una idea, y será siempre esta idea conforme á la verdad. Esta es la especie de peculio que he procurado formar en esta tercera edad de la vida humana.

Requiere este modo de proceder una paciencia y circunspección de que son capaces pocos maestros, y sin la cual nunca aprenderá á juzgar el discípulo. Si cuando este, por ejemplo, se engaña acerca de la experiencia del palo roto, os dais prisa á sacar el palo del agua para manifestarle su error, acaso le desengañareis: pero ¿qué le enseñareis? nada mas de lo que hubiera aprendido por sí propio. ¡Oh, no es eso lo que hay que hacer! Menos se trata de enseñarle una verdad, que de hacerle ver cómo se ha de conducir para descubrirla siempre. Para instruirle mejor, no se le ha de desengañar tan presto. Sirvamos Emilio y yo de ejemplo.

Lo primero, todo niño que haya recibido la educación ordinaria no dejará de responder afirmativamente á la segunda de las dos preguntas propuestas. Dirá que de seguro está el palo roto; pero dudo mucho que Emilio me dé la misma respuesta. No viendo que sea necesario tener ciencia ni aparentarla, nunca se da prisa á juzgar; si lo hace es solo por la evidencia; y está muy distante de encontrarla en esta ocasión, sabiendo cuán expuestos á ilusión están nuestros juicios por las apariencias, aunque no sea mas que en la perspectiva.

Como por otra parte sabe ya por experiencia que mis mas frívolas preguntas llevan siempre un objeto que no percibe al principio, no tiene costumbre de responder atolondradamente á ellas; por el contrario, desconfía, pone mucha atención, y las examina muy despacio antes de responder. Nunca me da una respuesta sin estar satisfecho con ella, y es muy mal contentadizo. Por fin, ni él ni yo estamos seguros de saber la verdad de las cosas, sino solo de que no incurrimos en errores. Mucha mas confusión nos causaría el contentarnos con



una razon que no fuese buena, que el no hallar ninguna. *No sé*, es una expresion que á entrambos nos sienta bien, y que con tanta frecuencia repetimos, que ya nada cuesta á uno ni á otro. Empero sea que se le suelte este atolondramiento, ó sea que con nuestro cómodo *no sé*, le evite, mi réplica es la misma: véamos: examinemos.

Este palo que tiene la mitad dentro del agua está fijo en situacion perpendicular. Antes que le saquemos del agua, ó pongamos en él mano, ¡cuántas cosas tenemos que hacer para saber, si como parece, está roto!

1.º Desde luego damos una vuelta en derredor del palo, y vemos que la rotura la da con nosotros. Luego nuestra vista es la que la muda de lugar, y la vista no mueve los cuerpos.

2.º Miramos bien á plomo por la punta del palo que está fuera del agua; entonces ya no es curvo, y el cabo inmediato á nuestro ojo nos oculta exactamente la otra extremidad (1). Luego nuestro ojo le ha enderezado.

3.º Meneamos la superficie del agua, y vemos que se dobla el palo en muchas piezas, que se mueve haciendo ángulos, y sigue las ondulaciones del agua. ¿Basta, pues, el movimiento que damos al agua, para romper, ablandar y derretir el palo?

4.º Damos salida al agua, y vemos que se endereza el palo poco á poco, á medida que aquella va bajando. ¿No es esto mas que lo suficiente para aclarar el hecho y encontrar la refraccion? Luego no es cierto que nos engañe la vista, puesto que no necesitamos mas que de ella para rectificar los errores que la atribuimos.

Supongamos tan estúpido al niño que no dé con el resultado de estas experiencias; entonces es cuando se ha de llamar el tacto en socorro de la vista. En vez de sacar el palo del agua, dejadle quieto, y pase el niño la mano por él de un cabo á otro; no sentirá ángulo; luego no está roto el palo.

(1) Despues he hallado lo contrario con una experiencia mas exacta. La refraccion obra circularmente, y parece mas grueso el palo por el cabo metido en el agua que por el otro; pero esto no disminuye la fuerza del raciocinio, ni es menos justa la consecuencia que sacamos.

Me direis que aquí no solo hay juicios, sino raciocinios en forma. Verdad es. ¿Mas no veis que luego que nuestro espíritu ha llegado hasta las ideas, todo juicio es un raciocinio? La conciencia de toda sensacion, es una proposicion, un juicio; luego así que uno compara una sensacion con otra, raciocina. El arte de juzgar y el de raciocinar son exactamente uno mismo. O nunca sabrá Emilio la dióptrica, ó quiero que la aprenda en derredor de este palo. No habrá disecado insectos; no habrá contado las manchas del sol; no sabrá qué es un microscopio ni un telescopio, y se burlarán de su ignorancia vuestros doctos alumnos. Razon tendrán, porque antes que se sirva de estos instrumentos, quiero que los invente, y bien veis que esto requiere mucho tiempo.

Este es el espíritu de todo mi método en la parte presente. Si el niño hacer rodar una bolita entre dos dedos cruzados, y cree que siente dos bolas, no le dejaré que mire, hasta tanto que se convenza de que no hay mas que una.

Estas dilucidaciones bastarán, segun creo, para señalar con claridad los progresos que hasta aquí ha hecho el entendimiento de mi alumno, y el camino que en ellos ha seguido. Empero acaso os asusta la muchedumbre de cosas que he presentado á sus ojos; temeis que abrume su inteligencia con tanto número de conocimientos; y es todo lo contrario, que mas le enseñe á que los ignore que á que los adquiera. Le muestro la senda de la ciencia, llana en verdad, pero larga, inmensa, y que se anda con lentos pasos: le hago que dé los primeros para que reconozca la entrada, pero no le permito que se meta muy adentro.

Precisado á aprender por sí propio, usa de su razon, no de la ajena; pues para que no tenga influjo ninguno la opinion, no se le ha de dejar á la autoridad; y la mayor parte de nuestros errores nos vienen mucho menos de nosotros que de los demás. Debe resultar de este continuo ejercicio un vigor de espíritu semejante al que con el trabajo y la fatiga adquiere el cuerpo. Otra ventaja se saca de esto, y es que solo adelanta á proporcion de sus fuerzas. Ni el espíritu ni el cuerpo llevan



mas carga que la que pueden llevar. Cuando se apropia el entendimiento las cosas, antes de depositarlas en la memoria, lo que luego saca de ella es suyo propio; pero si se ha cargado la memoria sin consultarle, se expone uno á no sacar de esta nada que sea propio de aquel.

Pocos conocimientos tiene Emilio, pero los que tiene son verdaderamente suyos, y nada sabe á medias. En el corto número de cosas que sabe bien, la mas importante es que hay muchas que ignora y que un día puede saber, muchas mas que saben otros y que no sabrá él en su vida, y una infinidad de ellas que nunca sabrá hombre alguno. Tiene un espíritu universal, no por las luces sino por la facultad de adquirirlas; un espíritu despejado, inteligente, apto para todo, y como dice Montagne, si no instruido, instructible. Bástame con que sepa hallar el *para qué sirve* en todo cuanto haga, y el *por qué* en todo cuanto crea; porque repito que no es mi objeto darle ciencia, sino enseñarle á que la adquiera cuando la necesite, hacer que la aprecie exactamente en lo que vale, y que ame la verdad sobre todas las cosas. Con este método adelanta uno poco, mas no da nunca un paso inútil, y no se vé precisado á retroceder.

Emilio solo tiene conocimientos naturales y meramente físicos. Ni siquiera sabe el nombre de la historia, ni lo que es metafísica y moral. Conoce las relaciones esenciales del hombre con las cosas, pero no las relaciones morales del hombre con el hombre. Pocas ideas sabe generalizar, y pocas abstracciones hacer. Vé cualidades comunes de ciertos cuerpos, sin raciocinar acerca de ellas en sí mismas. Conoce la extension abstracta con el auxilio de las figuras de geometría, y la cantidad abstracta con el de los signos del álgebra: estas figuras y estos signos son el apoyo de estas abstracciones, en que descansan sus sentidos. No procura conocer las cosas por su naturaleza, sino por las relaciones que le interesan, ni aprecia lo que es ajeno de él de otro modo que con relacion á sí mismo; empero su valuacion es exacta y segura, pues no tienen cabida en ella la convencion y el capricho. De lo que hace mas aprecio, es de aquello que le es mas útil; y como siempre

tiene este modo de apreciar las cosas, nunca abre puerta á la opinion.

Emilio es laborioso, templado, sufrido, entero, animoso. No inflamada su imaginacion nunca le abulta los peligros, pocos son los males que siente, y sabe padecer con calma, porque no ha aprendido á entrar en contienda con el destino. En cuanto á la muerte, todavia no está muy cierto de lo que sea; pero acostumbrado á sujetarse sin resistir á la ley de la necesidad, cuando fuere necesario morir, morirá sin bregar ni sollozar; que es todo cuanto permite la naturaleza en este instante abominado de todos. Vivir libre y suavemente encadenado con las cosas humanas, es el mejor modo de aprender á morir.

En una palabra, Emilio puede reivindicar de la virtud todo cuanto tiene relacion con él mismo. Para poseer tambien las virtudes sociales, únicamente le falta conocer las relaciones que las requieren; fáltanle las luces que está preparado á recibir su espíritu.

Se considera sin referencia á los demás, y lleva á bien que no piensen los otros en él. Nada exige de nadie, y cree que á nadie debe nada. Solo está en la sociedad humana, consigo solo hace cuenta, y tambien tiene mas derecho á contar consigo propio, porque es todo cuanto puede ser uno de su edad. No tiene errores, ó solo tiene aquellos que son para nosotros inevitables; no tiene vicios, ó solo tiene aquellos de que ningun mortal puede preservarse. Tiene sano el cuerpo, ágiles los miembros, justo y despreocupado el ánimo, libre y exento de pasiones el corazon. El amor propio, que es la mas natural y la primera de todas ellas, apenas si en él todavia se ha despertado. Sin perturbar el sosiego de nadie ha vivido satisfecho, libre y feliz, en cuanto se lo ha permitido la naturaleza. ¿Quién pensará que un niño, que de esta manera ha cumplido sus quince años, haya perdido todos los pasados?